

TIEMPO PARA ELEGIR. Un posible significado de la guerra

ASI que, dos veces en la vida de un hombre, habremos visto la Guerra. O, lo que es peor, ¿no es la misma Gran Guerra la que continúa? ¿El mismo proceso de un mundo en proceso de reconstrucción... o de desintegración? Todo parecía estar muy bien en 1918. Y aquí empieza todo de nuevo.

Entonces, en el fondo de cada uno de nosotros, se forma la misma angustia; y desde el fondo de cada uno de nosotros, se eleva el mismo suspiro. Imaginamos que nos elevaríamos libremente hacia tiempos mejores. ¿No es, por el contrario, un gigantesco determinismo el que nos arrastra invenciblemente hacia atrás, o hacia abajo? ¿Un círculo diabólico de discordia siempre recurrente? La rueda giratoria o la pendiente. ¿Fueron nuestras esperanzas de progreso sólo una ilusión?

Como todo el mundo, sentí la conmoción del escándalo y la tentación cuando, al volver a pisar un Oriente inundado por la naturaleza y devastado por una artera invasión, me enteré de que el Occidente estaba en llamas.

Así que una vez más conté y revisé en mi interior todo lo que sabía, todo lo que creía. Lo he comparado, lo más fríamente posible, con todo lo que nos está pasando. Y esto, expresado con franqueza, es lo que me pareció ver.

Y en primer lugar, no, mil veces no. Por muy trágico que sea, el conflicto actual no tiene nada que haga tambalear los cimientos de nuestra fe en el futuro. Lo escribí aquí¹, y lo repetiré con la misma convicción que hace dos años. Donde un grupo de voluntades aisladas podría fallar, la suma total de las libertades humanas no puede fallar a su Dios. ¿Cómo puede ser? Desde hace cientos de millones de años, la Conciencia se eleva sin cesar sobre la superficie de la Tierra: y podríamos pensar que la dirección de esta poderosa marea va a invertirse en el mismo momento en que empezábamos a percibir su flujo... En verdad, nuestras razones, incluso naturales, para creer en el éxito final del Hombre son de orden superior a todo lo que pueda suceder. Ante todo el desorden, lo primero que nos dice es que no pereceremos. No es una enfermedad mortal, sino una crisis de crecimiento. - Nunca, es posible, el mal ha parecido tan profundo, los síntomas tan graves. Pero, en cierto modo, ¿no es una razón más para la esperanza? La altura de una cumbre mide la profundidad de sus precipicios. Si las crisis no se hicieron más violentas de siglo en siglo, es quizás entonces cuando deberíamos empezar a tener dudas.

Así, aunque el cataclismo actual fuera incomprensible, deberíamos, por principio, seguir creyendo tenazmente y marchando hacia adelante. ¿No nos basta con saber (si somos cristianos, sobre todo) que, por lo que parece, la Vida nunca ha conseguido ascender sino a través del sufrimiento, del mal, ¿siguiendo el camino de la Cruz?

Pero, ¿es realmente tan imposible que comprendamos el significado de lo que está sucediendo?

¹ Études, 20 octobre 1937 : *La Crise présente*

En la raíz de los grandes problemas en los que se encuentran las naciones hoy en día, creo que veo signos de un cambio de época en la Humanidad.

El hombre tardó cientos de siglos en poblar la Tierra y cubrirla con una primera red. Le llevó aún otros milenios construir, al azar, en esta hoja originalmente flotante, sólidos núcleos de civilizaciones, irradiando desde centros independientes y antagónicos. Hoy en día, estos elementos se han multiplicado; han crecido; se han presionado y forzado unos contra otros, - hasta el punto de que una unidad de cualquier tipo se ha vuelto económica y psicológicamente inevitable. La humanidad, al llegar a la mayoría de edad, ha empezado a sentir la necesidad y la urgencia de hacerse uno consigo misma. Este es el origen profundo de nuestro malestar.

En 1918, en un arranque supremo de individualismo, por un oscuro instinto de conservación, los pueblos trataron de defenderse de la toma de posesión masiva que intuían. Asistimos entonces al espantoso auge del nacionalismo, a la pulverización regresiva de las etnias en nombre de la historia. Y ahora es la ola unitaria la que vuelve a hincharse y avanzar, pero de una forma que se hace peligrosa por los particularismos de los que se ha impregnado. Y aquí se declara la crisis.

¿Qué vemos, en efecto?

En varias partes de la Tierra, al mismo tiempo, fracciones de la Humanidad se aíslan y se levantan, lógicamente conducidas por la "universalización" de su nacionalismo, para hacerse pasar por los herederos exclusivos de las promesas de la Vida. La vida, se proclama allí, sólo puede llegar a su fin siguiendo exactamente el camino que tomó desde el principio. La supervivencia del más fuerte. La lucha despiadada de individuo a individuo, de grupo a grupo, para dominarse. Quién se comerá al otro... Esta es la regla fundamental del ser más. Por lo tanto, dominando todos los demás principios de acción y moralidad, la Ley de la Fuerza, se transportó sin cambios al dominio humano. Fuerza exterior: así, la guerra no es un accidente residual, destinado a disminuir con el tiempo, sino el agente y la expresión primaria de la evolución. Y, por simetría, la fuerza interior: los ciudadanos soldados por el cemento de hierro de un régimen totalitario. En todo el camino, la coacción, constantemente obligada a superarse a sí misma. Y, por último, una sola rama que ahoga todas las demás. El futuro nos espera tras las sucesivas selecciones. Coronará al individuo más fuerte de la nación más fuerte. En el humo y la sangre de la batalla aparecerá el superhombre.

Y fue contra este ideal salvaje que nos levantamos espontáneamente. Es para evitar la servidumbre que nosotros también hemos tenido que recurrir a la Fuerza. Es para destruir el "derecho divino" de la Guerra que luchamos.

Estamos luchando. Pero aquí, tengamos cuidado. ¿Con qué espíritu, en el fondo, usamos nuestras armas? ¿Espíritu de inmovilidad y descanso? - ¿O un espíritu de conquista?

Me temo que sería una forma inferior y peligrosa de hacer la guerra a la guerra: sería defendernos sin atacar, - como si no nos necesitáramos a nosotros mismos, para ser plenamente humanos, para crecer y cambiar. Luchar simplemente por inercia; luchar para que nos dejen en paz; luchar para que "nos dejen en paz"... ¿no sería esto evadir el problema esencial que enfrenta el Hombre en este momento, por la edad de su vida? Estoy

tan convencido como cualquiera de que los "otros" se equivocan en los métodos de violencia que aplican para unificar el mundo. Pero, por otro lado, tienen toda la razón al considerar que ha llegado el momento de pensar en una nueva Tierra. Y es esta visión la que les hace tan fuertes. Sólo conseguiremos equilibrar y luego invertir su corriente, entendámoslo claramente, superando su religión de la Fuerza con otra religión de alcance, coherencia y seducción equivalentes. En nosotros, contra ellos, debe operar un dinamismo tan poderoso como el que los anima: de lo contrario, las armas no son iguales, y no merecemos ganar. Traen la Guerra como principio de la Vida. Para contraatacar eficazmente, ¿con qué debemos oponernos a ellos?

Cuanto más se reflexiona sobre esta cuestión infinitamente urgente del plan global de construcción de la Tierra, más se comprende que, si se quiere evitar la vía de la fuerza material y brutal, no hay otro camino que el de la camaradería y la fraternidad, tanto entre los pueblos como entre los individuos. No es una hostilidad celosa, sino una emulación. No es sentimentalismo, sino espíritu de equipo.

Este evangelio de la unanimidad, por desgracia, no puede ser pronunciado sin hacer que el oyente sienta una especie de lástima: "empalagoso, balido, utópico...". Ah, ¡que Rousseau y los pacifistas habrán hecho más daño a la humanidad que Nietzsche! Hoy en día, considerar seriamente la posibilidad de una "conspiración" humana suscita inevitablemente una sonrisa. Y sin embargo, ¿podría haber, incluso para el mundo moderno, una perspectiva más vigorosa y con fundamento realista?

Sobre estos puntos, me expliqué de nuevo, aquí, no hace mucho². El racismo, para defenderse, apela a las leyes de la Naturaleza. Pero, al hacerlo, sólo olvida una cosa: es que, habiendo alcanzado el nivel del Hombre, la Naturaleza, precisamente para seguir siendo fiel a sí misma, ha tenido que transformar sus formas. Hasta el Hombre, sí: las ramas vivas se desarrollan principalmente asfixiándose y eliminándose unas a otras; la ley de la selva. A partir del Hombre, por el contrario, y dentro del grupo humano, no: el juego ya no es devorarse unos a otros. La selección sigue funcionando, por supuesto, y sigue siendo reconocible. Pero ya no ocupa el primer lugar. Esto se debe a que el Pensamiento, con su aparición, ha dado al Universo una nueva dimensión. Ha creado, en virtud de las afinidades irresistibles del espíritu por sí mismo, una especie de medio convergente, dentro del cual las ramas, al formarse, exigen acercarse para estar plenamente vivas. Todo el equilibrio ha cambiado en este nuevo orden de cosas. La energía del sistema no disminuye. Sólo la Fuerza, en su antigua forma, expresa ahora únicamente el poder del Hombre sobre lo extra o infrahumano. En el corazón de la Humanidad, entre los hombres, ha cambiado en su equivalente espiritual, - energía de atracción, en lugar de repulsión. Desde este punto de vista, la Humanidad final no debe ser imaginada como un tallo agrandado con el jugo de todos los tallos muertos por ella en el camino. Nacerá (pues no puede dejar de nacer) en forma de algún organismo en el que, según una de las leyes más evidentes del Universo, cada hebra y cada haz, cada individuo y cada nación, se completará

² Études, 5 juillet 1939, *Les Unités humaines naturelles*.

con la unión de todos los demás. No son eliminaciones sucesivas, sino sinergias. Así es como nos habla la biología, si sabemos escucharla.

Me resulta imposible descubrir otra doctrina de fuerza que se oponga a la de la Fuerza.

Pero, en este caso, dejemos toda ilusión, toda pereza. Si es hacia esos horizontes a los que nos conduce la Duración, sería inútil que las Democracias siguieran soñando con uno de esos mundos inacabados y ambiguos en los que los pueblos, sin amarse, pero fieles a una cierta justicia estática, respetaran mansamente sus fronteras, sin conocerse más que los extraños que viven en el mismo piso. Mucho más que la amenaza permanente de guerra que pende sobre nuestras cabezas, ¿no es el equívoco de esta situación lo que hizo estallar a Europa? No, "no podía seguir". Nos guste o no, la era del pluralismo tibio ha terminado definitivamente. Cualquiera de los dos pueblos logrará destruir y absorber a todos los demás. O todos los pueblos se unirán, en un alma común, para ser más humanos.

Este es, si no me equivoco, el dilema que plantea la crisis actual. Esta guerra es de otro tipo, es más que las otras: es la lucha por la finalización y posesión de la Tierra que ha comenzado.

Si somos capaces de ver esta situación, si tomamos conciencia, quiero decir, del dilema, y en consecuencia del espíritu que, a voluntad, nuestra posición en el conflicto nos obliga a defender: - entonces seremos tres veces más fuertes, a nuestra vez, pero en el gran camino.

Fuertes en nuestros corazones, en primer lugar: porque ya no lucharemos resignadamente, como lo haríamos contra el fuego, la tormenta o la peste, - sino para que se descubra y se construya algo hermoso, - nosotros también como conquistadores.

Fuertes en nuestra inteligencia, entonces: porque habremos captado el principio que debe regular, en sus condiciones más generales, la paz del mañana. Mañana... ¿No seguiremos, por casualidad, pensando secretamente en la posguerra en términos de humillación y aniquilación para los vencidos? Y si es así, ¿dónde está nuestra virtud? ¿Debemos hablar ahora el lenguaje del adversario? - ¿Y de qué nos serviría restaurar cualquiera de los antiguos órdenes, cuando es precisamente de éstos de donde debemos salir?

Fuertes contra los que deben ser reducidos, finalmente. Y este es el corolario inmediato y la conclusión de todo lo que acabo de decir. - Guerra económica, guerra de desgaste, nos gusta decir. Pero cuánto más, si tengo razón, una guerra de conversión, porque es una guerra de ideales. Bajo el caparazón de los aviones, los submarinos y los tanques, se enfrentan en este momento dos concepciones opuestas de la Humanidad. Por lo tanto, es en las profundidades del alma donde se debe librar la batalla. - Que la pasión por unir se encienda en nosotros bajo la conmoción de los acontecimientos, más ardiente que la pasión por destruir. Tal vez, en ese momento, detrás de nuestros golpes, el otro llegue a percibir que le respetamos y deseamos más de lo que cree que nos odia. Reconocerá que sólo nos resistimos a él para traerle lo que busca. Y entonces, alcanzado en su origen, el conflicto morirá por sí mismo, y para siempre.

"Amaos los unos a los otros". Este precepto de dulzura, humildemente lanzado hace dos mil años como un aceite calmante sobre el sufrimiento humano, se revela a nuestra mente moderna como el más poderoso, y de hecho el único principio concebible de un futuro

equilibrio de la Tierra. ¿Nos decidiremos por fin a admitir que no se trata de una debilidad ni de una dulce manía, -sino que incita a una condición formal del progreso más orgánico y técnico de la Vida?

De ser así, esa sería la verdadera victoria que nos espera, y la única paz verdadera.

La Fuerza quedaría desarmada en su núcleo, porque por fin habríamos conseguido algo más fuerte que ella, para sustituirla.

Y, el Hombre, ahora grande, habría encontrado su camino.

Pekín, Navidad de 1939